LA BARBA DEL VECINO,

PROVERBIO EN UN ACTO,

ORIGINAL DE

DON JOSÉ SELGAS Y CARRASCO.

MADRID:
ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA,
Pez, 40, 2.°
1869.

LA BARBA DEL VECINO,

PROVERBIO

ESTRENADO EN EL TEATRO ESPAÑOL Á 9 DE NOVIEMBRE DE 1869.

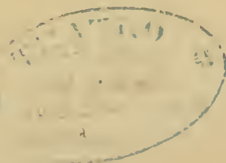


LA BARBA DEL VECINO,

PROVERBIO EN UN ACTO,

ORIGINAL DE

DON JOSÉ SELGAS Y CARRASCO.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1869

PERSONAJES.	ACTORES.
INES	DOÑA TEODORA LAMADRID.
LUIS	DON VICTORINO TAMAYO Y BAUS

ACTO ÚNICO.

Sala lujosamente amueblada con gran puerta en el foro; dos á la derecha y otras dos á la izquierda en simétrica correspondencia. Entre las dos puertas de ambos lados se verán dos grandes espejos, uno en frente de otro. Entiéndase siempre izquierda y derecha del espectador.

ESCENA PRIMERA.

LUIS, sale por la primera puerta de la izquierda y se adelanta pensativo hácia el proscenio con un papel en la mano.

Es mal negocio, muy mal negocio. Me caen á mí unas comisiones!... Y la situacion de esa pobre mujer es horrible. La cartita (Desdoblando el papel que trae en la mano.) es atroz: aguda y fria como la punta de un puñal. (Leyendo.) «Julia: tengo en mi poder tres cartas tuyas, en »que me juras un amor eterno. Desde que nos separa»mos me atormenta la idea de que estas cartas puedan »comprometerte; pero son mi tesoro y no tengo valor »para romperlas.» Pillastre! (Hablado.) «Si cayeran (Le»yendo.) en manos indiscretas, el mundo se enteraria »de nuestro secreto, y tu amor sería tu deshonra. Me

»dirás que desprecias al mundo; pero ¿y tu marido! Me »horroriza pensar que ese bruto es capaz de asesinar- »te. En Valencia empezaba la malicia á sorprender el »secreto de nuestra dulce intimidad: era preciso des- »orientar á los curiosos, y de la noche á la mañana te »abandoné, huyendo con otra mujer tan loca y tan be- »lla como tú. Esta mujer sospechaba de tí, y podia »perderte; pero no temas nada, porque ya la tengo ple- »namente convencida.» Qué bribon! (Hablado.) «Lle- »gué desesperado (Leyendo.) á Madrid y pensé matarme; »pero entónces ¿qué iba á ser de tus cartas? Compren- »dí la necesidad de este nuevo sacrificio y resolví vi- »vir.» Es un tuno completo. (Hablado.) «Mas para vivir, »(Leyendo.) tierna amiga mia, no basta la vida, se nece- »sita tambien oro, mucho oro. Á tus adorables encan- »tos unes el encanto de ser rica: tú tienes dinero y yo »tengo tus cartas: hagamos, pues, el cambio que nues- »tra mutua tranquilidad exige. Fije tu ternura el precio »de ellas, porque si yo hubiera de fijarlo, no habria en »el mundo dinero con qué pagarlas. Qué más he de »decirte?» (Hablado.) En efecto no se puede decir más. Pobre Julia! Á mí que he sido el compañero de tu ni- ñez, el amigo de tu infancia me confias el secreto de tu desdicha y me das el encargo de recoger los fatales testimonios de tu falta. Y á quién habia de acudir? Su dolor era tan grande como su culpa. (Paseándose.) Boni- ta historia. Si el general supiera... Tiene razon ese bergante: la haria pedazos. Ya debian estar en mi po- der; dos veces he ido á buscarlas, pero ese perdulario, que vive como un príncipe en el *hotel* de Paris, no esta- ba en casa. Vamos, cuando pienso que su mismo mari- do fué el que le puso esta carta en la mano... El buen hombre entró tan satisfecho gritando con su voz ronca: »Julia, (Imitando la voz del general.) esto ha traido el cor- reo para tí.» Ella tomó la carta, leyó rápidamente el sobre, y arrojándola en una mesa inmediata, dijo con el acento más dulce del mundo: «Será alguna imperti-

nencia.» (Imitando el tono de Julia.) Y siguió hablando conmigo. El general giró militarmente sobre el talon izquierdo, nos volvió la espalda y se fué tan tranquilo... Entónces Julia se apoderó de la carta, rasgó el sobre y leyó. Me parece que la estoy viendo: pálida, trémula, desencajada, se echa á mis piés y me suelta este pistoletazo: «Luis, estoy perdida: sálvame.» Sálvame, es decir, haga usted un milagro, como si yo fuera un santo. Lo primero que me ocurrió fué sacarla de Valencia y traerla á Madrid: un desatino, pero no me ocurrió otra cosa. Temia que una palabra, un suspiro, una lágrima la vendieran. Tan repentino viaje necesitaba un pretexto, buscamos uno y encontramos este. Julia ¡qué capricho! queria ver una corrida de toros en Madrid. El general se encogió de hombros y la dejó venir conmigo. Miéntras se dispuso el viaje no se habló más que de los toros. Afortunadamente en el camino caimos en la cuenta de que Julia no debia parar en esta casa. Es claro: Ines extrañaria esta repentina visita, trataria de averiguar, y averiguaria, porque las mujeres averiguan todo lo que no deben saber. Y ahí está oculta en una casa de huéspedes, esperando sus cartas. (Mirando el reloj.) Aun tengo tiempo. (Se dirige á la primera puerta de la derecha, y llama suavamente.) Inés... soy yo... ¿No se puede? (Volviendo al proscenio.) Esta es otra. Llegué esta mañana, son las nueve de la noche y todavía no la he visto. Me dejó almorzar solo, comer solo... Primero estaba en el baño, despues no estaba vestida, más tarde no estaba en casa, y ahora está en el tocador: es decir, en el momento crítico y mitológico en que radiante de juventud y de hermosura, sale Vénus de la espuma del mar. Vamos andando. (Vuelve á mira el reloj.) Dentro de media hora volveré al *Hotel* de Paris... Siento unos deseos de abofetear á ese tunante... pero sería echarlo todo á perder. Le daré lo que me pida. Julia se ha traido todas sus alhajas: todo *el efectivo* de su vanidad. Y han de ser mis manos las que en-

treguen el precio de semejante infamia! (Sentándose en una butaca.) No hay más remedio. Si no hubiera hombres de bien, muchas veces los malvados no encontrarian cómplices. (Queda pensativo.)

ESCENA II.

LUIS. INES saliendo de la primera puerta de la derecha ricamente prendida y envuelta en un lujoso peinador.

INES. Tenedlo todo dispuesto. (Hablando con sus doncellas, que se suponen dentro de la habitacion de donde ella sale.)

LUIS. Se abrió la concha, y salió la perla.

INES. (Sin reparar en Luis, y dirigiéndose al espejo.) Hay que someter á todo género de consultas el efecto de esta *toilette*.

LUIS. (Ni siquiera me ha visto: la mujer que no se ve más que á sí misma, no ve nada.)

INES. Gran efecto! (Delante del espejo.) Esta rosa me cae admirablemente... El cabello hácia atras da vida á la frente y realza la gracia del perfil... La mirada... así, atrevida y dulce. Quizá estoy demasiado pálida... No, no, la palidez es el color de las emociones. El otro espejo no quiere ser ménos que éste, y me envia la gentil imágen de estos inquietos rizos, que caen sobre mis hombros. Gracias, amigo mio.

LUIS. (Vaya usted atando cabos.)

INES. Esta noche la duquesa se ha de morder los labios.

LUIS. (Pues lo que es tú no te muerdes la lengua.)

INES. La llevo vencida en todos los terrenos: mis trenes oscurecen á los suyos, mis salones brillan más que los suyos.

LUIS. (Todas lo mismo: creen que no valen nada si no cuestan mucho.)

INES. Soy más rica que ella, más elegante que ella... Oh, (Contemplándose en el espejo y sonriéndose con satisfaccion.) sí y más hermosa que ella.

LUIS. (Se conoce que tiene á la duquesa montada en las narices.)

INES. Y todavía quiere disputarme el cetro de la moda! Ya no es el coche, ni el palacio, ni los encajes, ni los diamantes, ni los caballos .. Se bate en retirada, y ha elegido por campo de batalla un hombre.

LUIS. (Hola!)

INES. Já! já! Este triunfo es más fácil.

LUIS. (Demonio!)

INES. Si para humillarla es preciso que ese hombre caiga á mis piés..... (Luis se irá levantando poco á poco, apoyando las manos sobre los brazos de la butaca, y sigue con atenta inquietud las palabras de Ines, quedando suspenso durante el espacio que marcan estos puntos suspensivos) No tengo duda, caerá!

LUIS. Cuerno! (Dando un salto repentino y poniéndose de pié.)

INES. Quién anda ahí! (Viendo á Luis.) Toma, eres tú?

LUIS. Sí. Me habia dormido y tenía los ojos cerrados: al fin despierto, los abro y empiezo á ver: es decir, te veo.

INES. Me has asustado. (Viniendo al proscenio.)

LUIS. Ya te asusto?

INES. Gritaste «cuerno!...»

LUIS. Maldita palabra! Estaria soñando... que iba de caza.

INES. Tú tienes algo en la cabeza.

LUIS. Yo!... Mira... hablemos de otra cosa.

INES. (Algo tiene. Mejor.)

LUIS. (Cuando la barba de tu vecino veas pelar...)

INES. No me dices nada? (Acercándose á Luis y poniéndole la mano sobre el hombro.)

LUIS. Nada. (Vacilando un momento. Le vuelve la espalda.)

INES. (Ha perdido hasta el buen gusto.)

LUIS. Qué decias? (Acercándose á Ines y poniéndole la mano sobre el hombro.)

INES. Nada. (Imitando á Luis, finge vacilar un momento. Ambos se vuelven la espalda, alejándose uno de otro con el mismo aire.)

LUIS. (Llegando hasta el extremo del teatro.) (Quiere que yo tambien la adule.)

INES. (Llegando tambien al otro extremo del teatro.) (Otro me hu-

biera llenado de flores... él... Qué maridos!) (Ambos se vuelven y se encuentran de frente.)

LUIS. Dos meses hace que no te he visto. (Adelantándose hasta la mitad de la escena.)

INES. Ya me ves. (Adelantándose hasta Luis.)

LUIS. Cierto.

INES. (Irguiéndose.) Y bien. Qué tal?

LUIS. Admirable!!

INES. (Al fin!) (Con aire de triunfo.)

LUIS. La vida del campo me prueba perfectamente.

INES. No es eso! (Con enojo y sin poder contenerse.)

LUIS. Aquel aire sano, aquellas aguas puras, aquella naturaleza...

INES. Aquel fastidio.

LUIS. He hecho de nuestra quinta un verdadero Edem.

INES. Para tí. El campo me revienta.

LUIS. Y á mí Madrid me asesina.

INES. No sé qué gusto tienes en pasar la mayor parte del año en aquella soledad.

LUIS. Y yo no comprendo qué atractivo tiene para tí esta perpetua confusion.

INES. Aquí se goza y se brilla.

LUIS. Allí se ama y se vive.

INES. Veo que nos separa un abismo.

LUIS. Bonita frase, pero no tiene aplicacion en este caso.

INES. Por qué?

LUIS. Porque, si no estoy equivocado, eres mi mujer, y, aunque no tenemos fruto de bendicion, no puedes negar que nos han echado las bendiciones que unen para siempre.

INES. Sí, pero advierte, querido Luis, que esas bendiciones no unen los gustos.

LUIS. Pero observa tú que deben unir las voluntades.

INES. (Este hombre es detestable: ni siquiera ha reparado en el aderezo.) (Con impaciente enojo.)

LUIS. Si yo viera en tí...

INES. Tú no ves nada, Luis; (Interrumpiéndole con viveza.) los

maridos no ven.

LUIS. Te parece que no tengo los ojos bastante abiertos?

INES. Voy á hacer la prueba. Levante usted esa cabeza. (*Empujándole con la mano en la barba.*) Más... así. Ahora... (*Se coloca delante de Luis en actitud de ser examinada, como si se pusiera delante de un espejo.*) Mírame. Qué ves?

LUIS. Veo... Te vas á avergonzar.

INES. (Á que le parezco fea!)

LUIS. Veo...

INES. No digas un disparate!

LUIS. Vamos, veo que estás soberanamente hermosa.

INES. Sí, eh? (*Con alegría.*)

LUIS. (Ya está satisfecha.)

INES. (Gracias á Dios!)

LUIS. Ese aderezo es magnífico.

INES. Acaba de llegar de París. Es lo último.

LUIS. Lo último!... (Ojalá!)

INES. Y Julia? La habrás visto?

LUIS. Sí. (Vaya un recuerdo.) Siempre la veo: nuestra quinta está á media legua de Valencia, y al ir y al volver paro en su casa.

INES. Allí es ella la que da el tono. Aquí nunca pudo levantar cabeza. Siempre me tuvo mucha envidia. Ya estará algo averiada!

LUIS. Si vieras qué averiada está!

INES. Me lleva seis años!

LUIS. No tanto. Julia no tiene más que treinta y dos.

INES. Entónces son ocho los que me lleva.

LUIS. (Esta quiere volver á nacer.)

INES. Dime, ¿y el general? Tan bruscote, tan salvaje como siempre?

LUIS. Yo te diré: el general... ya es otro hombre.

INES. Conque al fin ha consaguido Julia civilizarlo?

LUIS. Justo: le ha hecho entrar de cabeza en la sociedad.

INES. No conozco un hombre que se parezca á tí tanto como él.

LUIS. Sí? (Pues estoy fresco!)

INES. Á tí tambien va á ser preciso civilizarte, y como yo me empeñe... (Suena un reloj.) Dios mio! Las diez!...

LUIS. Y qué sucede á las diez?

INES. Toma! que esta noche recibo.

LUIS. Ya...

INES. Doy una gran fiesta.

LUIS. Bravo! (Mi mujer tiene fiestas para todo el mundo ménos para mí.) No sabía...

INES. Pues todos los periódicos la anuncian.

LUIS. Pero yo no habia caido en la cuenta de que debo saber por los periódicos lo que sucede en mi casa.

INES. Perdóname, hijo mio, pero estás hecho un salvaje.

LUIS. Y cuál es el motivo especial de esta fiesta extraordinaria?

INES. Un capricho. (Eludiendo la respuesta.)

LUIS. Á que anda en este capricho tu íntima amiga la duquesa?

INES. Sí!

LUIS. Sola?

INES. Já! Já!

LUIS. Cuéntame, cuéntame!

INES. Imagínate tú que esa mujer se ha propuesto oscurecerme en todo.

LUIS. Qué audacia! (Con tono irónico.)

INES. Pues bien: ha aparecido en la buena sociedad un jóven... brillante... muy buen mozo.

LUIS. Oiga!

INES. Fastuoso.

LUIS. Es claro, sin fausto no se brilla.

INES. Valiente, decidor, apasionado: un hombre, en fin, que está haciendo furor.

LUIS. De cuyas resultas estareis todas furiosas.

INES. Verás: la duquesa con objeto de obsequiar á ese jóven que le ha presentado... no sé quién...

LUIS. Qué importa eso?...

INES. Dió ántes de anoche un baile magnífico.

LUIS. Ya lo comprendo. Tú con igual motivo y por humillar

á la duquesa das otro baile magnífico. Bien hecho!

INES. Crees tú que esa mujer puede competir conmigo?

LUIS. Sin embargo, te lleva una ventaja.

INES. Cuál? (Con viveza.)

LUIS. Es viuda.

INES. Y bien?

LUIS. Es libre, y ya comprendes...

INES. Ay, si yo fuera viuda! (Sin poder contenerse.)

LUIS. Gracias.

INES. Quiero decir...

LUIS. Lo entiendo.

INES. Oyes? (Corriendo hácia la puerta del foro y escuchando un momento.)

LUIS. (No me llega la camisa al cuerpo.)

INES. Ya hay gente en los salones. (Volviendo.)

LUIS. Sí? Pues voy á vestirme.

INES. Cómo!

LUIS. En medio minuto...

INES. Pero...

LUIS. Quiero ser tambíen testigo de tu triunfo.

INES. Te vas á aburrir.

LUIS. Allá veremos.

INES. Como nunca te han gustado las fiestas...

LUIS. Puede ser que ahora empiecen á gustarme. (Dirigiéndose á la puerta de la izquierda.)

INES. Ves como te vas civilizando?

LUIS. (Desde la puerta.) Todavía me falta la última mano. (Entra.)

ESCENA III.

INES.

INES. Me parece que he oido su voz entre el murmullo de las conversaciones. Ah, tiene una voz tan distinguida! Voy á ver. (Corre á la puerta del foro, la entreabre ligeramente y mira hácia fuera.) Es él! (Volviendo con aire satisfecho.) Ha

sido de los primeros. La duquesa tendrá que resignarse á venir sola, pero en cambio (Con ironía.) experimentará una viva satisfaccion al encontrárselo... aquí. Esto no empieza mal. Ella es viuda... es libre... Y qué? Por lo mismo ese pobre jóven me inspira... lástima. Infeliz si llega á caer en sus manos! (Dirigiéndose á la puerta de su tocador.) Qué mujer! (Entrando.) Qué mujer!

ESCENA IV.

LUIS.



(Sale apresuradamente poniéndose un frac.) Ya me tienes aquí en toda regla. (Mirando á su alrededor.) Voló. Estará echándose encima todo un cargamento de seda y de encajes. Esa cabeza no está sana. El lujo me la ha trastornado, y esta noche no debo perderla de vista. Cuando la barba de tu vecino... Demonio! Y Julia que espera sus cartas! Que tenga paciencia. (Mirando su reloj.) Ya no es hora de encontrar á ese hombre. Y el caso es que si no voy, ella es muy capaz de venir á buscarme. Será una imprudencia. Precisamente porque es una imprudencia vendrá. No, pues á Ines no la dejo sola ni un momento. (Se acerca á la puerta de su cuarto y la abre.) Hola! (Llamando.) Ven acá. (Hablando con un criado que se supone estar á la parte de adentro.) Si viene por casualidad á buscarme una señora... Comprendes? No seas torpe. La introduces discretamente en mi cuarto por la escalera del escritorio y que espere. (Se retira de la puerta y vuelve á ella.) Oye: y silencio, ¿estás? mucho silencio. (Cierra la puerta.) Con esta precaucion puedo quedarme más tranquilo. Mucho tarda mi... ¿lo diré? mi cara mitad. Si se me habrá escapado por la otra puerta?... No. (Se acerca á la puerta del tocador de Ines.) Ya sale. (Se retira.)

ESCENA V.

LUIS, INES.

INES. (Aparece rica y vaporosamente vestida, llevando sobre los hombros un ligero chal.) Me he vestido en dos minutos.

LUIS. Parece imposible.

INES. Míralo. (Arrojando el chal sobre una butaca y descubriendo todo el escote posible.)

LUIS. (Dando un paso hácia atrás.) De manera que así te consideras vestida.

INES. Completamente.

LUIS. Puede ser: pero yo no te he visto nunca tan desnuda.

INES. Vamos, Luis, no seas ridículo. (Adelantándose majestuosamente hácia el foro.)

LUIS. (Deteniéndola.) Aguarda, deja que te estudie y te admire. Estás hecha verdaderamente una obra de arte. No hay nada que pedir: todo está á la vista. El escote es un gran escote, un verdadero escote: el vestido pone la falda, y tú pones lo demas.

INES. Como que es un traje de rigorosa etiqueta.

LUIS. Pues es difícil mayor franqueza.

INES. No puede ser más serio.

LUIS. Mira tú, y yo creia que era demasiado alegre.

INES. Esto se llama vestirse. (Con impaciencia.)

LUIS. Entónces, hija mia, no sé lo que es desnudarse.

INES. Ah, pues si tú vieras!...

LUIS. Ay, Ines, lo que es ahora no puedes decirme que no veo.

INES. No sé...

LUIS. No sabes, pero enseñas.

INES. Vuélvete inmediatamente á tu dichosa quinta, porque aquí harás muy mal papel. (Yéndose.)

LUIS. Espera y óyeme.

INES. Ay, Luis, no tengo tiempo que perder.

LUIS. Es verdad; estamos perdiendo el tiempo. (No me queda más recurso que cubrirla con mi presencia.) Tengo el

honor... (Ofreciéndole el brazo.)

INES. Já! Já!

LUIS. Te ries?

INES. De tí.

LUIS. Te ofrezco mi apoyo. Lo rehusas?

INES. Sí; no es de buen gusto.

LUIS. Perdona. (Con mal reprimido disgusto.)

INES. Tú lo has dicho: te falta la última mano. (Empuja la puerta del foro, que se abre de par en par, dejando ver parte de los salones iluminados, y desaparece en ellos.)

ESCENA VI.

LUIS.

Sí? Pues voy á tener el mal gusto de ser tu sombra. (Va á salir y se detiene mirando hácia los salones.) Ya la rodea el círculo de los aduladores, y veo en su semblante la embriaguez que produce la lisonja. La adulacion es la más negra de las perfidias. Un hombre se le acerca con la audacia en los ojos, y ella le recibe con la sonrisa en los labios. Se estrechan las manos... Qué cumplimiento tan expresivo!... Basta!... Basta!... Ese apreton de manos merece una estocada. Quién es?... No le conozco. Ya: debe ser el jóven brillante... Y qué cara de pillo tiene!... Calla, la duquesa cruza el salon con aire de reina. Movimiento de curiosidad. Se dirige á Ines, pero Ines hace como que no la ve, y continúa hablando... íntimamente con el jóven brillante. (Hace un movimiento hácia fuera, y se detiene.) Esperemos: desde aquí se ve todo perfectamente, y la escena puede ser curiosa. La duquesa se acerca. Ines deja caer su pañuelo, y el jóven lo recoge... y lo retiene. Ambas se miran como si quisieran devorarse: se sonrien como si una á otra se enseñaran los dientes... Y ahora, ¡qué mujeres! ahora se besan... Él es un tunante que juega doble, y se deja querer. Pero la duquesa no es mujer que se para en barras, y coge su brazo... Con qué co-

queteria le habla al oido!... Se lo lleva... (Con alegría.) Me parece que Ines está furiosa; juraria que ha roto con los dientes el encaje de su pañuelo. Su vanidad irritada me asusta... Qué hárá? Bravo! Viene hácia aquí y pasa por delante de ese mequetrefe sin mirarle siquiera. (Con satisfaccion.) Se detiene!... Vuelve la cabeza!... Le mira!... Y él se escurre detrás de ella como una serpiente! Ahora es la duquesa la que rompe el abanico. Dónde va Ines? (Mirando alternativamente por la puerta del foro, y por la segunda puerta de la derecha, que estará abierta durante toda la representacion.) Ya entra en su tocador. Si ahora tuviera el buen gusto de parecerse fea! Él viene detrás... Sí, busca, busca. Qué audacia! Llega hasta la misma puerta, la empuja y entra... (Hace un movimiento violento con las manos, y rompe uno de sus guantes.) Entra!... Por aquí. (Corriendo hácia la primera puerta de la derecha.) No, no... (Deteniéndose.) Por el otro lado: lo primero es cortarle la retirada. (Desaparece por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA VII.

INES, saliendo por la primera puerta de la derecha.

Me seguia? No lo sé. Lo que sé es que estoy furiosa; que lloraria si el llanto no empañara los ojos; que me desmayaria, si no fuera tan antiguo desmayarse... Aun me quedan muchos recursos. (Dice esto volviéndose hácia la primera puerta de la izquierda.) Hay luz en el cuarto de Luis. (Acercándose.) Se habrá acostado. (Mira por la cerradura, quedando medio oculta por la colgadura que debe adornar la puerta.)

ESCENA VIII.

INES y LUIS, que entra azoradamente por la segunda puerta de la derecha.

LUIS. No se escapará. (Se dirige á la primera puerta de la derecha.

INES. (Rotrocediendo de espaldas á Luis, que estará tambien de espaldas á Ines y con la mano puesta sobre la llave de la puerta primera de la

derecha en actitud de entrar en el tocador de Ines.) Una mujer en el cuarto de mi marido! (Hiriendo violentamente el suela con el pié.) Me alegro! (El golpe que Ines da en el suelo llamo la atencion de Luis, el cual vuelve la cabeza y ve á su mujer.)

LUIS. (Ella aquí!... Respiro!) (Da media vuelta á la llave y la saca de la cerradura.)

INES. (Ahora le araño!) (Reparando en Luis.)

LUIS. Señora!

INES. Caballero!

LUIS. (Reprimiéndose.) Me sorprende encontrarte en este sitio, léjos del animado espectáculo de tan solemne fiesta.

INES. Comprendo muy bien toda tu sorpresa.

LUIS. Oh, debes estar muy orgullosa!

INES. Esas palabras me dicen que tú estás muy satisfecho.

LUIS. Ya ves que no puedo disimular mi satisfaccion.

INES. Qué injustas somos algunas veces las mujeres! Yo te hacia durmiendo á pierna suelta.

LUIS. Hay ocasiones en que no es posible cerrar los ojos.

INES. Veo que estás bastante desvelado.

LUIS. Quieres decirme que estorbo? Sin duda venias á dar por tu tocador la vuelta indispensable, y yo te he detenido...

INES. La indiscrecion es mia. Tú querrás retirarte ya... á tu cuarto, y yo soy la que te molesto.

LUIS. No tengo prisa ninguna. (Dejándose caer en una butaca.)

INES. Tampoco tengo yo ninguna prisa! (Haciendo lo mismo.)

LUIS. Bah! No debo consentir que hagas semejante sacrificio. (Levantándose.)

INES. Tanto te inquieta mi presencia! (Levantándose.)

LUIS. Ahí tienes el objeto de mi inquietud. (Señalando al tocador.)

INES. No, Luis; el objeto de tu inquietud, está allí... allí... (Señalando á la puerta del cuarto de Luis.)

LUIS. Pues hablemos. (Volviéndose á sentar.)

INES. Hablemos. (Sentándose tambien.)

LUIS. La fiesta es suntuosa.

INES. Te vas aficionando?

LUIS. Despues de haber presenciado tu triunfo, ¿quién no se aficiona? Ya me lo temia... lo esperaba, y te aseguro que ha sido un triunfo completo. Nadie pudo resistir al poder de tus encantos! Así es que ese buen mozo abandonó al fin á la duquesa... y te siguió.

INES. Me ha seguido?...

LUIS. Como un cordero.

INES. Y qué hizo la duquesa al ver que me seguia?

LUIS. La cosa más natural del mundo: rompió su abanico.

INES. Ántes habia yo roto mi pañuelo. (Abanicándose.)

LUIS. Pues mira, despues rompí yo mis guantes. (Enseñándoselos.)

INES. Mejor: así prospera la industria.

LUIS. Yo no quise perder ningun detalle, y le ví llegar hasta la misma puerta que por aquel lado conduce á tu tocador. (Indicando la segunda puerta de la derecha.)

INES. Pobrecillo!

LUIS. Sí: el pobrecillo empujó muy suavemente la puerta...

INES. Y entró?

LUIS. Como Pedro por su casa.

INES. (Y yo no le he visto!)

LUIS. Entónces me ocurrió una idea repentina.

INES. Cuál?

LUIS. Corrí detrás de él, llegué...

INES. Qué imprudencia!

LUIS. Atraje hácia mí la puerta entreabierta todavía.

INES. Y qué?

LUIS. Y le dí media vuelta á la llave. Mira. (Sacando del bolsillo derecho una llave y enseñándosela.) Por allí no tiene escape. Por aquí tampoco. (Sacando del bolsillo izquierdo otra llave, y enseñándosela tambien.)

INES. De manera que se halla encerrado en mi tocador!

LUIS. Como el pájaro en la jaula: no tiene salida.

INES. Es un golpe maestro que jamás me hubiera ocurrido!... Guárdamelo ahí. Que no se te escape. Ahora voy á reirme en las barbas de la duquesa. (Levantándose.)

LUIS. No te precipites, porque la broma ha de ser completa.

(Levantándose.)

INES. Qué piensas?

LUIS. Por de pronto, pienso... que vas á ser la burla de las gentes envidiosas, si llegan á traslucir que en ese cuarto, donde apénas suelo yo entrar, tienes preso á un hombre.

INES. Toma! un hombre que tú has encerrado.

LUIS. Ya, porque tú lo has traido.

INES. Yo iba delante...

LUIS. Por eso iba él detras.

INES. Una casualidad.

LUIS. Bien: pero el que tienes ahí encerrado saldrá dándose toda la importancia de un conquistador invencible. La vanidad es así, y lo contará todo. Imagínate tú qué comentarios tan chistosos no hará este César de salon.

INES. Habla más bajo, que no hay necesidad de que nadie se entere.

LUIS. Hay un medio para imponerle silencio: es un poco fuerte, pero seguro: es el único. (Dirigiéndose á la puerta del tocador.) Verás qué gran sensacion produce.

INES. Qué vas á hacer!

LUIS. Una cosa muy sencilla. Voy á cortarle la lengua para que no pueda decir ni una pala bra.

INES. Maldita la gracia que me hace semejante ocurrencia. (Con sorpresa.) Vaya una broma!

LUIS. Las bromas pesadas ó no darlas. (Saca la llave del bolsillo.)

INES. Vas á entrar? (Luis hace un movimiento de impaciencia y va á introducir la llave en la cerradura.) Luis! (Movimiento de agitacion en Ines.) Ah! (De repente dándose una palmada en la frente.) Oye, oye! (Luis saca la llave de la cerradura y mira á Ines.) Una idea! Yo tambien pienso.

LUIS. Veamos. (Acercándose á Inés.)

INES. Es el caso que vas á ser la fábula de Madrid, si llega á saberse que en ese cuarto... en el tuyo... donde nunca suelo yo entrar, tienes escondida una mujer.

LUIS. Una mujer! (Adios mi dinero!) (Disimulando.) Una mujer!... Bah!...

INES. Yo la he visto.
LUIS. Tú! Cómo?
INES. De espaldas.
LUIS. Por dónde? (Mostrando incredulidad.)
INES. Por el agujero de la cerradura.
LUIS. (Ha venido y ese (Rascándose la frente.) bestia de criado!...) No sé... pero en fin... si tú la has visto... es posible. (Vaya si es posible!)
INES. Ha sido una indiscrecion de mi parte, lo confieso. Yo ignoraba que tú tambien recibias esta noche, y sin querer he visto el mundo por un agujero.
LUIS. Puedo asegurarte que no sabía que en esa pieza hubiese nadie.
INES. Es lástima, porque ella se conoce que ha de ser... buena pieza.
LUIS. Alguna equivocacion... Cuántas veces ocurre... Puede haberse perdido...
INES. En eso no hay duda: debe ser una mujer... perdida.
LUIS. (Si lo oye!) No grites, no grites, que van á creer que estamos regañando.
INES. Pues bien, en el seno de la paz y de la confianza te diré...
LUIS. Qué!
INES. Que esta mujer me responde de ese hombre.
LUIS. Sí?... Ahora lo veremos. (Arrojándose con ímpetu sobre la puerta del tocador.)
INES. Luis! Que grito!... (Conteniéndole con el ademan.) Que grito!
LUIS. (Poner en manos (Deteniéndose bruscamente.) de esta el secreto de la otra es ponerlo en medio de la calle, ó en medio de los salones, que para el caso da lo mismo, y sería asesinarla.)
INES. (Anda, córtale la lengua.)
LUIS. Ines... estos asuntos (Con ira muy mal disimulada.) son demasiado serios y deben tratarse con calma; pues, con mucha calma.
INES. Eso es lo justo: un marido cogido en el garlito, debe ser razonable.

LUIS. (Como no fuera más que eso, yo te arreglaria.)

INES. Una pregunta. Qué mujer es esa?

LUIS. Quieres que te hable con entera franqueza?

INES. Está claro.

LUIS. Pues... no debes saberlo nunca.

INES. Dime al ménos que es fea, que es horriblemente fea!

LUIS. Imagínatela á tu gusto, y asunto concluido. (Vuelve la espalda á Ines con muestras de impaciencia, acercándose á la puerta del tocador.)

INES. He de averiguarlo. (Acercándose á la puerta del cuarto de Luis.)

LUIS. Qué hará este tunante? Estará... tan fresco. (Desde la puerta del tocador.)

INES, Tiene el rostro oculto entre las manos. (Mirando por la cerradura.)

LUIS. Déjala!... Es tan feo mirar por las cerraduras? (Mira él por la del tocador.)

INES. Está llorando... llorando. (Á Luis.)

LUIS. Pues ven acá, porque este es más divertido: se está riendo... riendo...

INES. Qué veo?... (Mirando con más afan.) Es posible! (Dejando de mirar y quedándose suspensa.) No hay duda!

LUIS. Mira tú que curioso contraste: esa infeliz llora, y ese bribon se rie. (Dejando de mirar.)

INES. Son sus ojos! (Dando un paso hácia Luis.)

LUIS. Sus ojos!... Por fuerza. (Id. hácia Ines.)

INES. Es su cara, su misma cara! (Dando otro paso hácia Luis.)

LUIS. Seguro. Habia de ser la mia? (Id.)

INES. Es ella! Es ella! (Acercándose más á Luis.)

LUIS. Pues si fuera otra!...

INES. Caballero, es Julia... Julia!

LUIS. (Se hundió el firmamento!)

INES. La amiga de tu infancia, la compañera de tu niñez!

LUIS. Sí... (Con cólera creciente.) Bueno... y qué?...

INES. Que ahora comprendo todo el valor de tus largas ausencias. Ya se ve, has hecho de tu quinta un verdadero Eden, porque... claro está, en el campo se ama y se

vive.

LUIS. Todo eso que estás diciendo es un puro disparate.

INES. Son tus mismas palabras.

LUIS. De manera que tú crees...

INES. Y decia usted... já! já! que estaba averiada.

LUIS. Pero tú puedes imaginarte...

INES. (Sollozando.) Una mujer que me lleva más de ocho años-

LUIS. Voy á reventar.

INES. Me vengaré. (Enjugándose los ojos.)

LUIS. Cómo!

INES. Ojo por ojo, y diente por diente, venganza de mujer.

LUIS. Estaré yo predestinado!...

INES. Sí, yo veré al general, se lo diré al general, le escribiré al general, y el general lo sabrá todo.

LUIS. No sabes lo que te dices.

INES. Vaya si lo sé: el general,—bonito génio tiene,—la matará á ella y... te matará á tí... y me quedaré viuda! Sí, señor, y... Ah, las mujeres debieran nacer viudas!

LUIS. Vamos á ver. Quieres oirme?

INES. No. (Con resolucion.) Sí. (Vacila un momento.) Quiero saber á dónde llega tu frescura. Habla, habla.

LUIS. (Haciendo un esfuerzo.) Julia... (Respirando con fuerza como quien quiere dominarse.)

INES. No suspires. (Tapándole la boca con el pañuelo.)

LUIS. Se casó! (Haciendo un esfuerzo de resignacion.)

INES. Noticia fresca!

LUIS. Hace tres años que vive en Valencia, donde el general tiene todo su patrimonio.

INES. Y donde tú tienes tu quinta.

LUIS. Allí le dió por lucir, por brillar... por ser la primera en todo.

INES. Siempre ha sido vanidosa, ridícula y tonta.

LUIS. Ya sabes tú que el general la quiere como á las niñas de sus ojos.

INES. Mira qué pago le da!

LUIS. El lujo, la adulacion... la vanidad habian trastornado su juicio.

INES. Qué lástima de tranca!

LUIS. Cuando se presentó allí un jóven, como tú dices, brillante.

INES. Pues ya no eres tan jóven.

LUIS. Buen mozo.

INES. Cómo se lo sabe!

LUIS. Fastuoso.

INES. Así; como si el dinero nos cayera por la chímenea.

LUIS. En fin, hacia furor: era el tormento de las mujeres y el terror de los maridos... Estaba de moda.

INES. Ah... traidor! (Cogiéndole un pellizco en el brazo.)

LUIS. Julia sintió en su corazon... (Rascándose el brazo.)

INES. Un amor repentino? (Con ironía.)

LUIS. No, un amor antiguo en ella.

INES. Pues, el primer amor.

LUIS. El amor propio, que es el peor de todos los amores. Ningun respeto la detuvo.

INES. Y te atreves á decírmelo?

LUIS. Entiéndelo bien: cayó!

INES. Y yo lo oigo!...

LUIS. Y de qué manera!

INES. Vas á contarme tambien la manera?

LUIS. No. (Golpeándose la palma de la mano izquierda con una carta que habrá sacado del bolsillo.) Carta canta.

INES. Quiero saberlo todo. (Quitándosela de las manos.)

LUIS. Pues lee, lee.

INES. «Tengo en mi poder tres cartas tuyas... (Sigue leyendo para sí.)

LUIS. (No quedaba otro recurso.)

INES. Qué ternura! (Sin dejar de leer.)

LUIS. Sigue, sigue. (Hé aquí un secreto que se ha descubierto solo.)

INES. «Te abandoné huyendo con otra mujer tan loca y tan bella... (Leyendo en voz alta.)

LUIS. «Como tú.» No dice eso? Continúa, continúa, que ahora entra lo bueno. El mozo es una alhaja.

INES. Pero ¿qué es esto? Qué carta es esta? (Dejando de leer.)

LUIS. En rigor no es más que la boca de una pistola puesta al pecho de una mujer, á la cual le dice: la bolsa ó la honra. Es que el amor cansado de vanas ilusiones quiere tambien ser positivo, y se ha convertido en industria. En una palabra: es que para vivir se necesita oro, mucho oro, y cada uno se busca la vida como puede.

INES. Qué infamia! (Con grande indignacion.)

LUIS. Dí más bien ¡qué negocio!

INES. Pero tú... (Mirando á Luis con espanto.) Es imposible! (Mirando la carta.) Esta letra no es tuya... No, no, tú no has escrito esa carta. (Arrojándola con desprecio.)

LUIS. Julia la recibió (Recogiéndola.) delante de mí... lloró... bramó... se desmayó... en fin me confió su desdicha... y con el poder de esa carta, me encargué yo de recoger las otras.

INES. Y ella ha venido á Madrid?...

LUIS. Conmigo.

INES. Y está ahí?

LUIS. Esperando sus cartas.

INES. Las has recogido?

LUIS. Aun no.

INES. Qué calma! Cuánto vas á dar por ellas?

LUIS. Lo que pida.

INES. Y pedirá mucho?

LUIS. Figúrate si un pillo tan largo se quedará corto.

INES. Qué le costará?

LUIS. Por lo ménos todas sus joyas.

INES. Si es menester, añade las mias.

LUIS. Bravo! (Con alegre sorpresa. Toda esta última parte, desde que Ines arroja la carta debe representarse con la mayor rapidez posible. En ella dará Ines muestras de una viva inquietud.)

INES. Pero ¿qué especie de hombre es ese?

LUIS. Un distinguido miserable que vive regiamente en el *hotel* de París.

INES. En el *hotel* de París!... Su nombre!...

LUIS. Ya has visto que no firma.

INES. Pero tú debes saberlo.

LUIS. Sí. Aquí tienes todas sus señas. (Mostrándole una tarjeta,

INES. Ah! (Leyendo la tarjeta.)

LUIS. Le conoces?

INES. Ahora le conozco! (Híriendo el suelo crn el pié.)

LUIS. Qué quieres decír?

INES. Que ese hombre está en tu casa. (Sin poder contenerse.)

LUIS. Aquí!

INES. Ahí! (Señalando á su tocador con la mano izquierda, y apartando el rostro con repugnancia.)

LUIS. Oh! (Lanzándose á la puerta del tocador y abriéndola apresurada mente.) Si se hubiera escapado! (Entra precipitadamente cerrando la puerta.)

ESCENA IX.

INES.

INES. Qué he hecho? Dios mio, esta noche no hago más que disparates! Se van á matar... (Corriendo á la puerta del tocador y empujándola.) Ha cerrado. (Llamando.) Luis! Luis!... (Corre á la segnnda puerta de la derecha y se detiene con enojo.) La otra puerta tambien está cerrada... Pediré socorro... (Corre á la puerta del foro.) Imposible! (Deteniéndose con rabia.) El escándalo me espanta: las sonrisas de todas esas gentes me aterran... Ah! Llamaré á Julia. (Corriendo hácia el cuarto de Luis.) Sí, la llamaré y ella me ayudará. (Deteniéndose en la misma puerta.) Otro desatino: su secreto no me pertenece... yo no debo saber que lo sé .. es decir, ella debe ignorar... Vamos, voy á volverme loca! Loca, Dios mio, precisamente cuando me parece que empiezo á tener juicio! Y se estarán matando! Y yo aquí sin poder hacer nada, sin poder gritar siquiera! (Se acerca á la puerta del tocador.) No me atrevo á mirar. (Llamando.) Luis!... Luis!... (En voz baja.) No me responde. (Aplicando el oido.) No se oye nada... (Escuchando con más atencion.) Nada! Silencio... sepulcral!... (Con repentina alegría.) No tenian armas! (Con desaliento.) Sí, pero se habrán ahogado mutuamente!

ESCENA X.

INES, LUIS.

LUIS. No dirás que no he despachado pronto. (*Saliendo por la puerta del foro.*)

INES. Estás herido? (*Corriendo á él.*)

LUIS. Creo que no.

INES. Vives?

LUIS. Todavía no estás viuda.

INES. Vámos, Luis; esta no es ocasion de chanzas.

LUIS. Pues bien, (*Restregándose las manos con satisfaccion.*) con toda la solemnidad que el caso requiere te diré que es hombre muerto.

INES. Un desafio!...

LUIS. Pobre diablo! Al verme entrar tan de sopeton se mostró sorprendido: sin duda no esperaba encontrarse allí con un hombre. (*Ines baja los ojos.*) Yo me acerqué á él con la urbanidad más exquisita, y él se inclinó para saludarme con correcta elegancia. Mas... me equivoqué, y en vez de cogerle la mano que me tendia, le cogí una oreja estrechándosela con toda mi alma. Fué un soberbio apreton... Y sin más cumplimiento le pedí las cartas de Julia. Quiso resistirse, excusarse, pero levanté el puño sobre su cabeza con tal resolucion de hundirle el cráneo, que comprendió que no habia escape y me entregó las cartas.

INES. Las llevaba encima!

LUIS. Por supuesto. Las llevaba en su cartera, como se llevan los billetes de Banco.

INES. Qué hombre! No habrá otro!

LUIS. Sí: la sociedad, como la naturaleza, no produce nunca un ejemplar solo. Ese es el tipo: con más ó ménos diferencia se encuentran algunos, bastantes, muchos ejemplares. Hay variedad de familias, pero la especie es esa. Cuando le dí suelta tuve que reirme: la traicion

es siempre cobarde. Corrió como perro con maza, y no paró hasta la calle.

INES. Pero ¿no le has muerto!

LUIS. Le he dejado vivir para que te vengue de la duquesa.

INES. Qué irá diciendo de mí ahora esa lengua de víbora!.

LUIS. Tranquilízate. Cree que tú le has tendido un lazo para que yo le coja las cartas.

INES. (Respiro!)

LUIS. Vuélvete al salon, porque tu ausencia empezará á notarse.

INES. Sí, contigo. (Cogiendo el brazo de Luis.)

LUIS. Yo voy á tranquilizar á Julia, entregándole sus cartas

INES. Aquí te espero.

LUIS. Esta habitacion está algo fria; la noche ha refrescado bastante, y esos encajes abrigan tan poco...

INES. Tienes razon. (Coge apresuradamente el chal que dejó sobre una butaca y se cubre con él.) Tienes mucha razon.

LUIS. Mañana en el tren de las ocho me vuelvo á la quinta.

INES. Iremos juntos: el otoño debe ser allí magnífico.

LUIS. Pero mujer, aquella soledad...

INES. Calla, calla, (Rodeándole el cuello con el brazo derecho y tapándole la boca con la mano izquierda.) porque vas á decir un desatino.

LUIS. Cuánto tiempo hace que no me abrazabas!

INES. Pues mira, (Estrechando el abrazo.) te juro que he de desquitarme.

LUIS. Nos desquitaremos; pero no seamos egoistas. (Con el gesto y el ademan da á entender que Julia espera.) Ahora. basta.

INES. (Qué loca he sido!... (Desprendiéndose de los brazos de Luis le vuelve la espalda y se dirige á la butaca más inmediata.) ¡Qué loca!...

LUIS. Cayó de su asno! Loado sea Dios, que aunque vi pelar la barba de mi vecino, no tengo que echar la mia en remojo!

INES. Luis! Una palabra (Llamándole.)

LUIS. Dí. (Acercándose á ella.)

INES. El mundo que, sin piedad,
halagó mi vanidad
y encendió mi frenesí,
por no ser ya la que fuí
¿me tratará ménos bien?

LUIS. Este mundo es un belen
de engaños y absurdos lleno,
y si aplaude al malo...

INES. Al bueno,
¿no ha de aplaudirle tambien?

FIN DEL PROVERBIO.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.	S. Ruiz.
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcoy.	J. Martí.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	J. Gossart.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almería.	M. Alvarez.
Andújar.	D. Caracuel.
Antequera.	J. A. de Palma.
Aranjuez.	D. Santisteban.
Avila.	S. Lopez.
Avilés.	M. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	J. R. Segura.
Barbastro.	G. Corrales.
Barcelona.	A. Saavedra, Viuda de Bartumeus y I Cerdá.
Bejar.	J Teixidor.
Bilbao.	E. Delmas.
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cabra.	B. Montoya.
Cáceres.	H. é Perez.
Cádiz.	V. Morillas y Compañía.
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	F. Maria Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	J. M. Eguiluz.
Carolina.	E. Torres.
Cartagena.	J. Pedreño.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	L. Ocharán.
Ceuta.	M. Garcia de la Torre.
Ciudad-Real.	P. Acosta
Córdoba.	M. Muñoz, F. Lozano y M. Garcia Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	M. Mariana.
Ecija.	J. Giuli.
Ferrol.	N. Taxonera.
Figueras.	M. Alegret
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y Viuda é Hijos de Zamora.
Guadalajara	R. Oñana.
Habana.	M. Lopez y Compañía.
Haro.	P Quintana.
Huelva.	J. P. Osorno.
Huesca.	R. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Játiva.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	F. Alvarez de *Sevilla.*
Las Palmas (Canarias)	J. Urquia.
Leon.	Miñon Hermano.
Lérida.	J. Sol é hijo.
Linares.	J. M. Caro.
Logroño	P. Brieba.
Lorca	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vineut.
Málaga.	J. G. Taboadela y F. de Moya
Manila (Filipinas).	A. Olona.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla.	D. Santolalla.
Murcia.	T. Guerra y Herederos de Andrion.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alvarez.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Hijos de Gutierrez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert.
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Pontevedra.	J. Buceta Solla y Comp.
Priego (Córdoba.)	J. de la Gámara.
Puerto de Sta. María.	J. Valderrama.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. Prius.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	Viuda de Gutierrez.
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	J. Gay.
S. Ildefonso(La Granja)	J. Aldete.
Sanlúcar.	I. de Oña.
San Sebastian.	A. Garralda
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina y F. Hernandez.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	V. Font.
Teruel.	F. Baquedano.
Toledo.	J. Hernandez.
Toro.	L. Poblacion.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	M. Martinez de la Cruz
Ubeda.	T. Perez.
Valencia.	I. Garcia, F. Navarro y J. Mariana y Sanz.
Valladolid.	D. Jover y H. de Rodrigz.
Vich.	Soler, Hermanos.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	J. Oquendo.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L. Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia.

MADRID.

Librerías de la Viuda é Hijos de Cuesta, y de Moya y Plaza, calle de Carretas; de A. Duran, Carrera de San Gerónimo; de L. Lopez, calle del Cármen, y de M. Escribano, calle del Príncipe.

